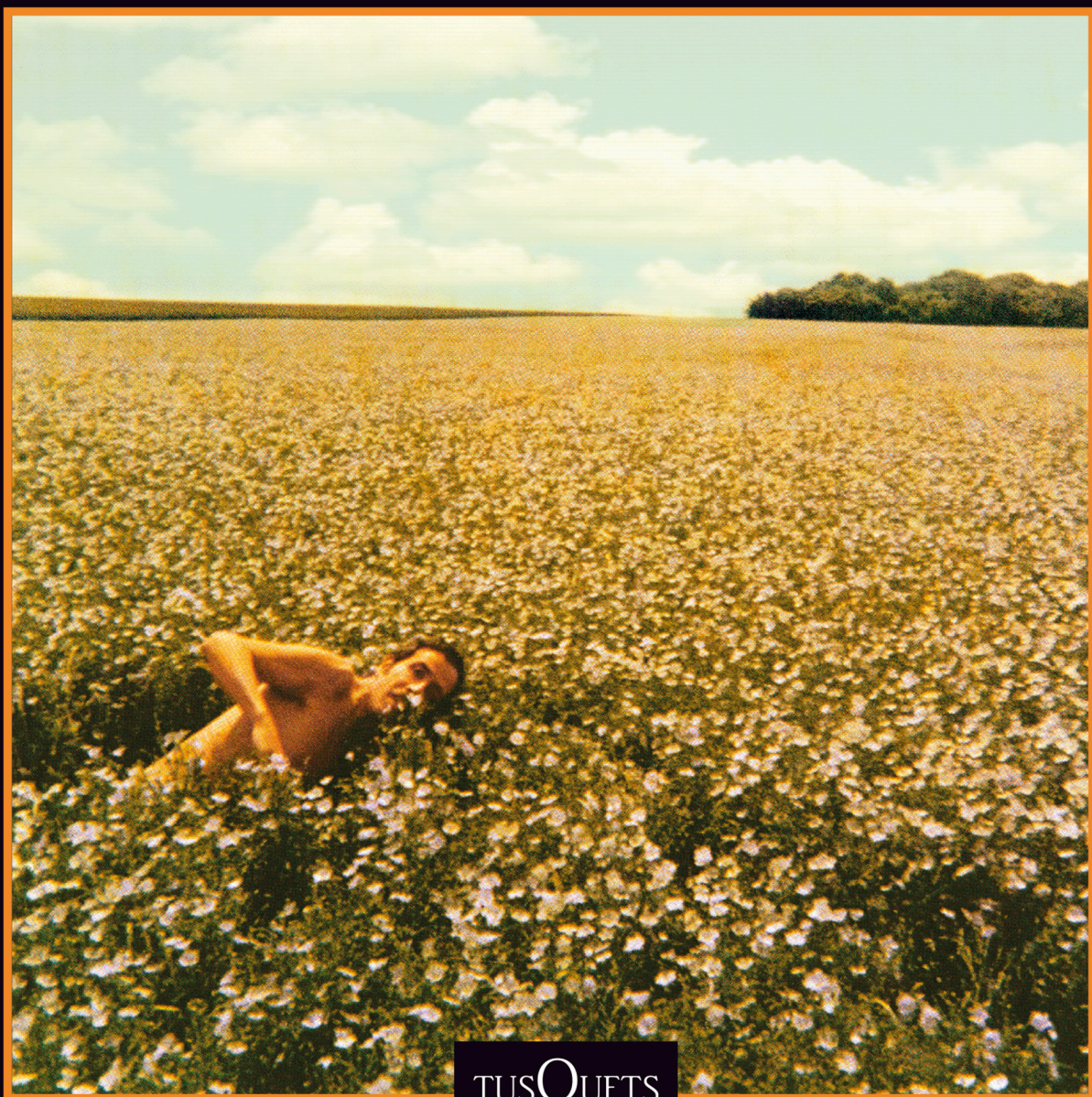


Guillermo Niño de Guzmán

HASTA PERDER
EL ALIENTO

Cuaderno de letraherido I

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

HASTA PERDER EL ALIENTO
Cuaderno de letraherido I

GUILLERMO NIÑO DE GUZMÁN
HASTA PERDER EL ALIENTO
Cuaderno de letraherido I

TUSQUETS
EDITORES

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

BENEFICIARIO DE LAS LÍNEAS DE APOYO
ECONÓMICO PARA EL SECTOR CULTURA



PERÚ

Ministerio de Cultura

Hasta perder el aliento

© 2022, Guillermo Niño de Guzmán

Corrección de estilo: Jorge Giraldo

Diseño de portada: Departamento de Arte y Diseño
de Editorial Planeta Perú

Diagramación de interiores: Susana Tejada López

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello Tusquets Editores

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704, Magdalena del Mar

Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: noviembre 2022

Tiraje: 500 unidades

ISBN: 978-612-4350-43-6

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º 2022-09575

Impreso en Aníbal Paredes Editor S. A. C.

Jr. Dávalos Lissón N.º 135, of. 201, Cercado de Lima

Lima-Perú, noviembre 2022

A Laura, pandémica y celeste

*Ce vice impuni, la lecture.**

VALERY LARBAUD

*Un escritor escribirá porque sí, porque no tendrá
más remedio que hacerlo, porque es su vicio,
su pasión y su desgracia.***

JUAN CARLOS ONETTI

*Once writing has become your major vice
and greatest pleasure only death can stop it.****

ERNEST HEMINGWAY

*Lo único que queda, por ahora al menos,
es cerrar los ojos, apretar los dientes y escribir,
escribir hasta perder el aliento.*****

MARIO VARGAS LLOSA

* De un texto que apareció en la revista *Commerce*, verano de 1924, 1.º cuaderno.

** En un artículo publicado en la revista *Marcha*, el 27 de octubre de 1939.

*** Entrevista con George Plimpton, *The Paris Review*, n.º 18, primavera de 1958.

**** Carta a Carlos Fuentes, 20 de enero de 1969.

Presentación

Aventuras y desventuras de un letraherido

El origen de este libro se remonta al otoño europeo de 1997. Había llegado a París, gracias a una beca del Ministerio de Cultura francés, con el compromiso de traducir al español una obra poco conocida de André Malraux. Era una serie de crónicas de viaje que el escritor aventurero había publicado en la década del treinta, donde relataba la expedición que lo había llevado al desierto de Yemen en busca de las ruinas del palacio de la legendaria reina de Saba. Por mi parte, asumía la tarea como un reto enriquecedor. La traducción es un ejercicio re-creador y, para mí, se asemeja a la interpretación que suele realizar un músico cuando ejecuta la partitura de un compositor.

Había alquilado un pequeño estudio que, si bien estaba situado en pleno Barrio Latino, era oscuro y claustrofóbico, razón por la cual había optado por trabajar en los cafés que abundaban en la zona (el ruido de la calle no me molestaba, si lo comparaba con el fragor de las salas de redacción que había trajinado en Lima). Sin embargo, como la batería de mi computadora portátil se había desgastado, no me había quedado más remedio que procurarme un cuaderno de notas. En una tienda de *souvenirs* vecina a Beaubourg, había elegido uno de hojas

blancas (sin las rayas que me traían malos recuerdos de la época escolar), ilustrado con unas cuantas escenas parisinas del gran fotógrafo Robert Doisneau.

Fue así como empecé a escribir en aquel cuaderno, algo a lo que no estaba acostumbrado. Siempre me había disgustado mi caligrafía y, a partir de mi adolescencia, había usado una vieja Remington mecánica que había en casa (en la secundaria me habían impartido un curso de mecanografía, lo que facilitaba las cosas). Sin duda, el hecho de que mi discurso se transformara instantáneamente en letras de molde sobre un papel, en lugar de las oraciones confusas que trazaba con mano torpe, me proporcionaba un marco más claro y ordenado para volcar mis palabras. Por ello, salvo mis apuntes de clase en la universidad, por lo general escribía a máquina. Pero todo eso cambió cuando me vi obligado a recurrir al *carpet de notes* de Doisneau.

Aunque el propósito inicial era utilizar el cuaderno para la traducción de Malraux, no pasó mucho tiempo antes de que sintiera la tentación de hacer otro tipo de anotaciones. Estas eran cada vez más diversas. A menudo, transcribía frases que llamaban mi atención y que provenían de los libros, diarios y revistas que leía. En algunas ocasiones transcribía párrafos enteros y, en función de mi entusiasmo, deslizaba glosas y comentarios. También registraba observaciones curiosas y anecdóticas en torno a escritores y otros artistas. A veces me animaba a traducir algunos pasajes de mis lecturas inglesas y francesas que quería atesorar. Y, espoleado por una voluntad crítica, elaboraba listas de autores, libros y películas que me habían deslumbrado, así como consignaba los nombres de los mejores músicos de jazz a los que había ido a escuchar en vivo. Igualmente, anotaba ideas para relatos y otras ficciones, y esbozaba artículos y ensayos. E incluía textos como si fuera un antólogo, dispuesto

a rescatar piezas raras y olvidadas. En buena cuenta, el cuaderno se convirtió en una suerte de cajón de sastre, capaz de guardar una variopinta colección de escritos y de ser consultado como una bitácora de mi itinerario literario.

Después de mi estancia en París, seguí garabateando en el cuaderno al volver a Lima y, más tarde, ya no pude prescindir de él cuando me trasladé a Barcelona. En el momento en que se agotaron sus páginas, me serví de otros e incluso de libretas o de hojas sueltas en caso de no tener uno de ellos a mi alcance. No obstante, nunca me lo impuse como una obligación; es decir, solo apuntaba algo si me parecía imprescindible hacerlo y no me importaba si transcurría un prolongado intervalo entre una nota y otra. Al cabo de unos años, regresé al Perú y, luego de un periodo de silencio, reanudé la práctica. Respecto al contenido, debo advertir que apenas daba cabida a meditaciones de carácter íntimo. Pese a que me atrae mucho el género del diario, un abrumador sentimiento de pudor me impide exponer mis pulsiones más oscuras, aunque sea yo su único destinatario.

Decidí publicar este libro cuando un amigo descubrió el cuaderno con la portada de Doisneau sobre mi mesa de trabajo y se puso a hojearlo creyendo que se trataba de un volumen de fotografía. Muy entusiasta, arguyó que podía ser de gran interés para los lectores que, como él, no se contentaban con gozar de la literatura, sino que querían saber más acerca de los autores y sus avatares. Ante su insistencia, releí el material y constaté que, en efecto, había notas que no tendría ningún reparo en compartir. Por supuesto, había que emprender una revisión a fondo (en tanto era una obra tan personal que no había sido concebida pensando en su divulgación, los textos habían sido escritos a vuelapluma y no estaban exentos de errores), labor a la que me dediqué durante el encierro infligido por la pandemia.

Como el conjunto sumaba más páginas de lo que había estimado, fue necesario conformar una primera selección, reservando una segunda entrega. Las piezas son de mayor y menor calado, algunas espontáneas y otras más reflexivas, y su orden responde a cierto azar, de acuerdo con la intención original. Por tanto, es un libro fragmentario que puede ser leído como se le antoje al lector. De ahí que considerara pertinente poner títulos a las entradas (a diferencia del cuaderno, donde se sucedían divididas por una línea horizontal o un espacio en blanco) y organizar un índice detallado. En lo que concierne a la cronología, solo aparecen fechas indispensables. De todos modos, el registro abarca un cuarto de siglo. He excluido mi versión de las crónicas de André Malraux debido a su extensión y por haber merecido una edición independiente.¹

Dos son los temas centrales de este cuaderno de letrahecho: la escritura y la lectura. Un escritor es, antes que nada, un lector. Desde esa perspectiva puedo afirmar que leer es un vicio solitario e impune —como decía Valery Larbaud— que he disfrutado desde que tengo uso de razón y que me ha deparado placeres singulares. Estas notas son un fiel testimonio de mis aventuras como lector, una actividad que no solo me ha descubierto territorios insospechados, sino que ha contribuido a enriquecer mi modesta existencia. Porque, después de todo, cuando uno lee, asume, aunque sea de manera vicaria, una variedad de roles y comportamientos que le son ajenos en su devenir cotidiano, restringido por las limitaciones inherentes a la condición humana. De ahí que leer represente la posibilidad increíble de vivir muchas más vidas que las que nos han sido concedidas.

En cuanto a la escritura, aquí se revelan mis certezas, dudas y frustraciones relativas al oficio que le da sentido a mi existencia.

1 André Malraux, *La reina de Saba*, Ediciones Península, Barcelona, 2007.

Por lo mismo, también figuran las tribulaciones que otros escritores han experimentado en su proceso creativo, así como incidencias relacionadas con artistas de distinto signo, cuyas obras han alimentado mis sueños y pasiones a lo largo del tiempo.

ESE VICIO IMPUNE, LA LECTURA

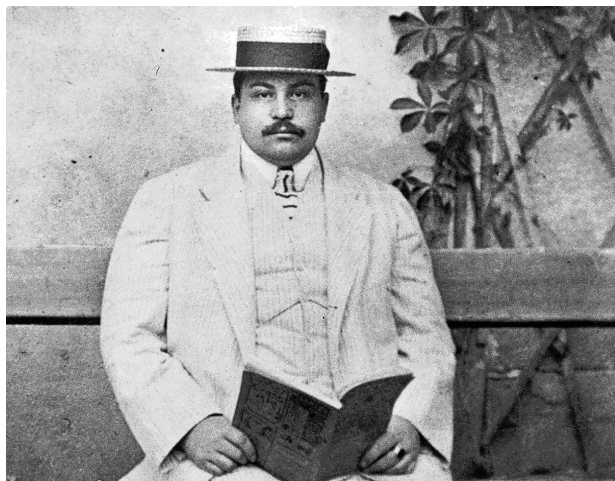
Se suele atribuir la frase «ese vicio impune, la lectura» al escritor francés Valery Larbaud, quien la incluyó en una colaboración para la revista *Commerce*, que apareció en París en el verano de 1924 (un año después volvió a utilizarla, esta vez para titular una colección de ensayos). Sin embargo, fue un poeta y ensayista de origen estadounidense (más tarde se nacionalizó británico), Logan Pearsall Smith, el que la acuñó por primera vez. Figura en una breve prosa titulada «Consuelo», que formaba parte de una antología de ensayos publicada en Nueva York en 1921. El texto es el siguiente:

El otro día, agobiado en el metro, traté de animarme pensando en las alegrías de nuestra condición humana. Pero no hubo ninguna que me pareciera digna de mayor interés; ni el Vino, ni la Amistad, ni la Comida, ni el Amor, ni la Conciencia de la Virtud. ¿Valía la pena entonces subir en el ascensor a un mundo que no tenía nada menos trillado que ofrecerme? Luego pensé en la lectura, en la gran y sutil felicidad de la lectura. Era bastante esa alegría que los años no pueden mermar, ese vicio refinado e impune, esa egoísta, serena y permanente embriaguez.

Logan Pearsall Smith trabó amistad con Walt Whitman en los últimos años del poeta y luego emigró a Inglaterra. Hoy apenas es recordado por sus epigramas y aforismos. Era un rico heredero de la industria estadounidense del vidrio, situación que, curiosamente, lo vincula con Valery Larbaud, cuyo padre era dueño de una fuente de agua en Vichy y le había legado una considerable fortuna. Su holgada posición le permitió a Larbaud llevar una vida de *dandy* y dedicarse enteramente a la literatura. Fue amigo de Joyce, a quien ayudó a traducir el *Ulises* al francés. Fino poeta, narrador

y ensayista, inventó un heterónimo llamado A. O. Barnabooth, un acaudalado peruano nacido en Arequipa con veleidades literarias, que escribía mientras dilapidaba su ingente patrimonio viajando por Europa a cuerpo de rey. Igual que su creador.

El excéntrico Larbaud disfrutó impunemente del vicio de la lectura hasta que, a los cincuenta y cuatro años, padeció una hemiplejía y una afasia que lo dejaron paralizado por el resto de sus días. En esas circunstancias, se vio obligado a vender sus propiedades, entre estas, la más preciada: una escogida biblioteca de quince mil volúmenes.



Valery Larbaud, el lector impune.

VARGAS LLOSA: UN VICIO PELIGROSO

En un revelador ensayo titulado «Semilla de los sueños» (editado en forma de *plaquette* por la Universidad Nacional de